

## PONENCIA PRESENTADA POR LA DELEGACION DE MEXICO EN LA REUNION DE COMISIONES NACIONALES DEL V CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA, CELEBRADA EN SANTO DOMINGO, REPUBLICA DOMINICANA \*

Historia y cambio son conceptos que están siempre tomados de la mano. En el Tiempo, riel sobre el que transcurre la Historia, se ubican las transformaciones del hombre y de la sociedad...

La Historia, en tanto conformada con el acaecer pasado, es pues, una sucesión de cambios. Pero también es mutable, y mucho, la Historia entendida como quehacer presente, como el oficio de historiar, como historiografía o, simplemente, la manera en que una cultura en su conjunto se enfrenta a su pasado.

Sin ir más lejos, piénsese, por ejemplo, cómo ha quedado atrás el historiador positivista cuya aspiración fundamental era descubrir el "hecho histórico" y purificarlo de todo lo falso, con el fin de que, como diamante recién pulido, pudiésemos admirarlo en toda su veracidad.

En aras de una supuesta vocación científica con que se ansiaba conocer el pasado, en el supuesto de que ciencia y objetividad eran inseparables, antaño, pocos pusieron en duda el valor, la importancia y la trascendencia de esta forma de ver y conocer las épocas anteriores. Era la pretensión de estudiar el pasado por el pasado mismo.

Hoy en día, sea cual sea la idea de la historia que se tenga, existe una mayor preocupación por estar al tanto de la vinculación del pasado con el presente, en la medida que se acepta la insoluble asociación del hombre con su circunstancia; esto es, la imposibilidad de abstraernos por completo del medio ambiente que nos rodea. Las angustias, los problemas, las expectativas, los goces y las realizaciones que éste nos impone, condicionan irremisiblemente nuestra visión del pasado.

De ahí que debamos ser receptivos a la posibilidad o la propuesta de modificar conceptos, conclusiones

y apreciaciones, que si bien pudieron responder adecuadamente a los requerimientos de otras épocas o, quizá, de otras longitudes, hoy día resultan obsoletas o simplemente contrarias a las justas aspiraciones de nuestros pueblos a buscar una mejor definición de sí mismos.

"Cada época tiene su propia visión de la Historia", dijo José Ortega y Gasset, si bien con diferentes palabras puede hallarse el aserto en la pluma de muchos otros grandes autores de este siglo.

Aunque sea una razón convencional, el hecho de que nos estemos aproximando a 1992, a 500 años de distancia — cifra primorosamente redonda — de la fecha que, desde hace poco más de una centuria, se ha recordado como la del *descubrimiento* de América, aparte de hacer sentir con más abolorgo a quienes ello les preocupa y prefieren lo rancio, parece ser una ocasión propicia para reflexionar sobre su significado, y quizá para el planteamiento y la lucha en favor de nuevos conceptos o, dicho de otro modo, por una nueva visión del pasado más acorde con la situación y los deseos del presente; pero también debe impulsar a una revisión global de este medio milenio, que nos permita comprender mejor lo que ha sido de nosotros.

Además, es indudable que una crisis internacional que agobia preferentemente a los latinoamericanos — ante los oídos sordos de los países ricos —, en una época de más fácil comunicación entre nosotros, puede ser una plataforma muy oportuna para que reflexionemos juntos y, sobre todo, podamos ser autores de la concepción de nosotros mismos. Es muy importante que no definamos nuestro ser a la conveniencia de otros, tal y como ha sucedido hasta ahora, en muchos sentidos. Hagamos de este *V Centenario* una toma de conciencia en favor de la hermandad de nuestros pueblos y de una interpretación madura y mejor fundamentada de ellos.

México cree que el próximo *V Centenario* no sólo no debe pasar desapercibido, sino que, además, lo que en torno a él se haga, debe trascender al tercer milenio de

\* La Delegación Mexicana estuvo integrada por el Subsecretario de Planeación y Asuntos Culturales, Licenciado Ricardo Valero, el Coordinador General, Doctor Miguel León Portilla y el Director General de Archivo, Biblioteca y Publicaciones, Doctor José Ma. Murriá.

nuestra era. México cree que no se trata principalmente de festinar, como ocurrió con motivo del IV Centenario, sino de prepararnos para empezar el segundo medio milenio en condiciones mejores a éstas en que estamos llegando al final del primero.

Así pues, en México se considera pertinente contar con una *Comisión Nacional*, coordinadora y promotora, que encauce el interés de nuestro país en esa dirección. Es ésta una empresa para *conmemorar* y no necesariamente celebrar lo que entendemos como el *encuentro de dos mundos* que habían permanecido totalmente ajenos el uno al otro hasta fines del siglo XV.

Por supuesto, no es nuestra intención, como a veces se ha planteado, dar entrada al aplauso, a cinco centurias de distancia, a lo que algunos han llamado la *gesta histórica de Cristóbal Colón*.

El paso por una fecha como ésta debe dejar una huella que los pueblos sientan en carne propia y no tan sólo monumentos que puedan contemplar pasivamente.

Vale subrayar que no se trata de una simple sustitución de términos; no es tan sólo un cambio de palabras — lo cual podría carecer por completo de sentido — sino una transformación del contenido conceptual e ideológico que se encuentra amparado por cada vocablo.

Si nos proponemos ser cohesivos y no disolventes, con un verdadero sentido fraternal, no podemos pensar en celebrar lo que, al igual que cualquier otro proceso histórico de magnitud similar a la de éste, implicó grandes beneficios para muchos, pero también a no pocos perjudicó sobremedida. Y no pensamos aquí únicamente en quienes serían vencidos, sino también en quienes serían descargados en playas de América en calidad de esclavos y que mucho tienen que contar también sobre su papel en el asunto.

En 1492 se inició un *encuentro* que habría de revolucionar, para bien o para mal, al orbe entero, lo mismo al llamado *Nuevo mundo* que al definido como *Viejo*. Ello es más adecuado que insistir en nociones como *descubrimiento de América*. Son de suficiente importancia las varias manifestaciones culturales de la antigüedad americana, ya se trate de las altas culturas: náhuatl, maya, quiché e incaica u otras muchas, menos espectaculares pero asaz arraigadas.

Su herencia es tan evidente que sería grotesco soslayarla, no obstante los repetidos intentos genocidas contra ellas, tal y como ha sucedido también contra el legado de quienes forzosamente fueron traídos del África.

Por otro lado, insistir en el concepto de una América *descubierta*, implica recaer en el añejo vicio de proyectar la historia desde un punto de vista europeo, — o más bien eurocentrista — lo cual, si bien estuvo en boga y a la mayoría gustó durante los festejos del IV Centena-

rio, no corresponde ya a las generales expectativas que se tienen del Quinto.

En unas regiones más que en otras, es obvio que la presencia y la vigencia de los indígenas es una realidad indeleble en casi toda América, de manera que sería por completo absurdo pretender ignorarla. Si no racial, sí desde un punto de vista cultural — que es lo más importante — en mayor o menor medida casi todo el horizonte latinoamericano es mestizo, aun cuando no falte, desafortunadamente, a quienes les moleste y pretendan ignorarlo o, lo que es *peor* todavía, procuren la desaparición de todo vestigio de los más antiguos pobladores en lo que José Martí llamó Nuestra América.

Por otra parte, habremos de insistir en nuestra preocupación por los *dos mundos*, dado que, si bien este *encuentro* de gentes ocasionó en América una radical transformación de sus estructuras económicas, políticas y sociales, no fueron pocos los cambios que provocó también lo que podríamos denominar la presencia de América en el *Viejo mundo*, que, por supuesto, no está constituido tan sólo por Europa Occidental, aunque en esta región haya sido, por razón clara, donde primero y mayores cambios habrían de operarse.

No es el caso enumerar aquí las repercusiones que el *encuentro* con América tuvo en el Viejo mundo, pero sí de sugerir la necesidad de conocerlas mejor; así como también de entender y, quizá, modificar lo que unos pensamos y decimos de otros actualmente, en aras de procurar apreciaciones más justas y, sobre todo, que tiendan a unirnos en un plano de justicia y recíproca amistad.

Por todo esto, la Representación Mexicana propone que, con un enfoque orientado por la equidad, demos entrada a la idea de que, más que hablar de un descubrimiento — Colón, por cierto, jamás creyó haber descubierto un continente — suprimamos el etnocentrismo y reconozcamos que en 1492 se inició en realidad un *encuentro*: el del extraordinario mundo Mediterráneo en su versión hispánica con el universo, también henchido de significaciones, de las islas de El Caribe, y de las tierras del Orinoco del Amazonas, antecelas de las grandes culturas del México antiguo, de Centroamérica y del ámbito de los pueblos andinos. Tomemos conciencia de esto, reconociendo que, más allá de los conflictos iniciales, las luchas y las conquistas, a la postre perduró el acercamiento y la fusión de los pueblos.

Lo que ocurrió el 12 de octubre de 1492 fue, sin género de dudas, el primer contacto de hombres y culturas muy diferentes entre sí: *el encuentro de dos mundos*.

Santo Domingo, República Dominicana  
9 de julio de 1984.